



En el homenaje a Arturo Marasso

Francisco Gil



Bahía Blanca, 25 de junio de 1970.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-Sin Derivadas.
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Información adicional en: <http://repositoriodigital.uns.edu.ar/handle/123456789/9>

EN EL HOMENAJE A ARTURO MARASSO

Francisco Gil

Sólo por el privilegio de haber sido amigo de don Arturo Marasso, puedo hoy evocarlo en este recinto. Voces autorizadas hicieron y harán el justiciero homenaje. Hablarán del Maestro de maestros. De su sabiduría, de su amor a la naturaleza. Del poeta que iluminaba con su arte mundos insospechados. Yo sólo puedo y deseo hablar del Hombre.

Conocí a don Arturo Marasso en años lejanos: En la Comisión de Bibliotecas Populares, allí actuaba él como vocal. Estrechó la mano del portero que se adelantó a recibirlo, se detuvo afectuoso a conversar con el ordenanza, y a mí, entonces un muchacho, me saludó paternalmente.

No podía imaginar que ese encuentro daría contenido a mi vida. Iba a transformar mi existencia. Guiado por su generosidad y su sabiduría, pude acercarme a un mundo que no me estaba destinado.

A través de los años, en un trato casi cotidiano, nuestra amistad se hizo profunda. Si alguien me preguntase cuál fue la lección más alta del Maestro, le diría: Arturo Marasso era un sabio, y acaso por serlo, nos dio con su vida una lección de humildad.

Su actitud permanente era de comprensión y tolerancia, de amor hacia los seres y las cosas.

Aún escucho su voz, que traducía en su entonación entrañable a la montaña y el valle natal. Aun lo veo entrecerrar los ojos para decirnos un poema con inocultable emoción. Siempre rodeado de libros, su sed de saber era infinita. Cierta día, ya casi sobre su partida definitiva, le escuché decir: "mucho me queda por aprender todavía".

Quienes se acercaban al Maestro se despedían como iluminados por su presencia. La cita erudita, el dato infructuosamente buscado se hallaba en él. Todo lo daba con sencillez.

Alentó vocaciones vacilantes en muchos jóvenes que hoy son grandes figuras que tienen o están haciendo su obra. Infundió en todos nosotros el sentido ascendente que ordenaba su propia vida: acrecer en conocimientos, pero más aún en espíritu, en bondad, en aptitud comprensiva.

Poseo la mayor parte de sus obras. Abrir uno de sus libros es como reencontrarlo. En su Antología poética, su mano quieta para siempre, escribió mi nombre y debajo de estas generosas palabras "mi amigo del

alma". En página dedicada a mis hijos, que guardo celosamente, les dice: "quiero que sepan que me ha unido a vuestro padre la amistad inmortal".

Yo no debía hablar aquí. Debí traer una flor hecha de silencio para su recuerdo grande y querido. Pero sólo repetiré palabras tuyas: "...quizá perdura la amistad detrás del tiempo y de la muerte..."

Don Arturo: En ésta Biblioteca que desde hoy lleva su nombre, junto con sus amigos, y acariciando estos libros que usted tanto amó, he venido a confirmar nuestra amistad para siempre.